

Jaime Buhigas Tallon

El noble oficio de la educación

Cartas de un profesor

la esfera  de los libros

Índice

<i>Prólogo de Guadalupe Lorente</i>	11
1. Primera carta al lector.....	17
2. Segunda carta al lector, o de las amenazas a la educación.....	29
3. Carta a los padres, o de la verdadera educación.....	43
4. Carta a la dirección del colegio, o de los peligros de una misión imposible.....	59
5. Carta al inspector de educación, o el síndrome del vigilante.....	75
6. Carta a la ministra de educación en curso, o de la educación de los políticos.....	87
7. Carta a los jefes de estudios, o de la perfecta receta de los tiempos.....	101
8. Carta a los futuros profesores, o de las demandas de la vocación.....	115
9. Carta a los profesores de educación infantil, o del privilegio de una enseñanza impecable	133

10.	Carta a los profesores de educación primaria, o de la cumbre de la educación.....	149
11.	Carta a los profesores de educación secundaria, o la lucha contra la barbarie.....	169
12.	Carta a los profesores de bachillerato, o del espejismo de la universidad.....	187
13.	Carta a la junta de evaluación, o de la pantomima de las cifras.....	203
14.	Cartas a los alumnos de educación infantil, o un cuento de otoño.....	219
15.	Carta a los alumnos de educación primaria.....	227
16.	Carta a los alumnos de secundaria.....	233
17.	Carta a los alumnos de bachillerato.....	243
18.	Carta al «personal no docente», o de la cara oculta de la educación.....	251
	<i>Carta final (a modo de epílogo), o del aspecto del mito.....</i>	263

*Al profesor Chema Buhigas, mi padre,
que sin saberlo ni quererlo hizo a sus hijos maestros.
Gracias.*

A Fran, que es mi aprendizaje.

*A Mlle. Tallon,
mi madre, que me llevaba de pequeño a construir
escenografías en su colegio.*

*A don Chema, mi hermano,
que sigue rescatando alumnos del aburrimiento.*

A Alicia Esteban, que me regaló la Antigua Grecia.

A la señorita Estrella, que fue mi primera profesora.

A don Domingo, que me enseñó a querer saber más de todo.

*A la señorita Carmen, que nos animaba
a mi hermano y a mí, a escribir obras de teatro.*

*A Nacho, falso profesor de Religión que hablaba
tanto con nosotros.*

A José Manuel Pardo, que me dio permiso para dirigir.

A don Guillermo, maestro de maestros.

*A la señorita Reyes, que me enseñó a viajar
por el mundo con alumnos.*

*A la señorita Patricia, que me ayudó a subir un piano
a un escenario.*

A Ana Lorite, contumaz compañera, que sabe quién es.

A Mlle. Ayme, que reza por sus alumnos.

*A don Pedro Burgaleta, que me enseñó a proyectar
sin arquitectura.*

A don Pedro Navascués, por aquella visita a El Escorial.

A Priscilla Olson, que hacía animaciones con arena.

A Paul Ashley, que me regaló a Shakespeare.

Al padre Eugenio Alliata, que me hizo pisar la Tierra Santa.

A doña Pilar González Serrano, que me dio tantas certezas.

A los autores de los libros que he leído, maestros silenciosos.

*A todos mis alumnos, a los que aún
no sé qué les he enseñado.*

*A todos mis profesores, que pasados los años
nunca dejan de enseñarme.*

*A todos mis compañeros, que luchan día
a día contra la barbarie.*

Prólogo

«Habitó sus misterios, invocó sus sacramentos, leyó sus entrañas, inscribió sus revelaciones. Escribir era para él un acto primordial, y observaba la hoja en blanco como desde un abismo, hasta que alcanzaba el borde del lenguaje».

EDWARD HIRSCH

Encuentro con el maestro

Cada encuentro es un nuevo descubrimiento, rico en imágenes, sonidos y aromas, formas y colores. Jaime me hace partícipe del ritual de sentarnos en torno a una mesa y compartir los alimentos. Ya en los postres, me regala prologar su libro. Friedrich Schiller escribía: «En vuestra magnanimidad, me habéis impuesto como un deber lo que yo deseaba pedirlos como un favor...».

¡Qué bonito dejar que las cosas se te ofrezcan! Ser agradecimiento. Lo que escribo procede de él, de la mirada del otro en mí. Siento, al leer sus cartas, que Jaime es un *amateur*, voz que deriva del latín *amator*: el que ama. Sus epístolas nos invitan a viajar al corazón de la educación, descubrir, embelesarnos, maravillarnos, a establecer un diálogo con sus paisajes e intuir que afloran, brotan, de una intensa vida como maestro. Travesía cumplida.

Su escritura es peregrinación, «un ir hacia...», comenzar a explorar, recorrer el camino... ver el mundo... el universo de la educación.

«Quien construye un jardín se convierte en un aliado de la luz..., ningún jardín ha surgido jamás de las tinieblas» (proverbio persa).

En sus cartas, llenas de matices, hace gala de su discernimiento, amor a la sabiduría y conocimiento del mundo clásico, moderno y contemporáneo. No es de extrañar en un hombre creativo, honesto, erudito y bondadoso que sintetiza las ideas fundamentales de belleza, justicia, verdad y bien universal. Jaime escribe desde el profundo, hondo pensamiento, comprensión vivida. Coherente, educado, culto, cultivado, de elegancia involuntaria.

Para él es tan necesario e importante aprender a aprender cómo desarrollar la sensibilidad, la capacidad de sentir, apreciar la belleza. «La belleza es el aspecto visible del bien», nos recuerda Platón. Amable, nos seduce para que estemos disponibles, al servicio de los demás, y nos empuja e instiga a escuchar, a prestar atención, al don de la presencia.

«Todas las ventanas se abrían sobre el paisaje. Excelente atmósfera para trabajar para la paz del mundo» (Le Corbusier).

Conversaciones con la belleza

La escuela es tiempo de encuentro, de relación, amistad. Congregados, envueltos en una atmósfera íntima y serena habitamos un espacio, un entorno que conmueve, ayuda y nos guía a pasear con toda libertad en un ambiente de sosiego que

cautiva. Los orientales ensalzan y dan un lugar a la estética: «Arte de estar en el mundo», porque se ocupa del presente, de nosotros mismos.

Cada mapa crea un universo único, propio; libre de artificio, ausente de inhibiciones, y el autor se nos muestra valiente, espontáneo, entusiasta, elocuente, íntegro. Dialoga con la realidad, con la verdad de la escuela —donde habita el misterio—, magia de lo cotidiano. Sus protagonistas brillan con sus luces y sus sombras. Él les da su mirada, insaciable curiosidad por los seres humanos que le conciernen, importan, son parte de él. A través de su palabra, el verbo, nos permite soñar, plantearnos el cambio, la transformación, apasionarnos de nuevo, revelarnos ante una educación que titubea y se desvanece. «Los hombres se han convertido en herramientas de sus herramientas» (Henry David Thoreau).

Jaime reflexiona, medita. El mundo tecnológico, frío y calculador, ¿nos aleja y hace olvidar que educar es compartir, intercambiar, poner en común? Ya nos advertía Paulo Freire: «Se pretende convertir la escuela en una empresa que tiene por objeto final el rendimiento».

¿Qué lenguaje? Bueno, mejor dicho, ¿qué jerga, argot mercantilista, ha inundado las instituciones educativas? ¿No se utilizan las palabras con una carga productivista que «cosifican» la escuela y a quienes la habitan? El maestro no tiene que dedicarse al papeleo y, si lo hace, debe ser fortuita y casualmente. Inmerso en sus sueños, tiene el corazón ocupado, huelga decir por quiénes, y el espíritu libre.

Y nos invoca a ser artistas,
artistas de la educación,
artistas del oficio de educar,

del arte de acompañar;
a preservar la fragilidad del arte.

Crear.

Y declama:

Vivan, experimenten, fluyan, no piensen tanto, observen, tómense su tiempo y, si es necesario, anúlenlo. Caminen lentos. Como escribió el artista: «Sean lentos... ¿Cómo se escribe lento? ¡Deespaaaciiiiiooo!».

Disfruten del viaje, de la aventura, sientan, «no midan, desmidan», conmuévanse, vibren, no pierdan la capacidad de asombro, estén dispuestos a descubrir la máxima expresión de lo que son. «No sean testigos, sean partícipes». «Mientras la diosa reclama nuestra adoración, la mujer, semejante a una diosa, inflama nuestro amor; pero si nos abandonamos a su encanto celestial, retrocederemos asustados ante su autosuficiencia divina» (Friedrich Schiller).

Camino de otoño, leo la última carta. «Silencio sostenido». Jaime irradia de dentro hacia afuera amor. Conmovida, vislumbro un corazón sensible: inmenso poder de lo bello. «Su debilidad se vuelve sagrada», y yo siento nostalgia de concluir... «de corazón de hierba entre las nubes».

GUADALUPE LORENTE
Directora de Innovación Pedagógica
del Colegio Estudio, Madrid

«La belleza del fruto está en proporción del tiempo que transcurre
entre la semilla y la recolección».

JOHN RUSKIN

PRIMERA CARTA AL LECTOR

Querido lector:

Este que comienzas a leer es un libro sobre el arte y el oficio de la educación. Y tiene forma de colección de cartas. Por eso mismo comienzo con una primera carta. No pretendo ser extravagante. No busco una originalidad que, por otro lado, tampoco garantiza el formato epistolar. Mi decisión obedece a una necesidad propia que esta opción satisface, y que sencillamente ha hecho más fácil mi tarea. Me explico: una carta se dirige a alguien más o menos concreto. Y al tener una idea mayor de a quién escribo, creo que puedo resultar más efectivo tanto en la forma de trasladar mis ideas como en el contenido. En especial, en un tema tan inabarcable y complejo, y con tantos protagonistas como es la educación. Eso es todo. Entiendo que no deja de ser un truco de perpetuo aprendiz de escritor, que bien sabrás disculpar.

Y, por otro lado, al utilizar este formato, el proceso de escritura me resulta mucho más divertido, que atendiendo al infinito número de horas que conlleva esta labor, no es asunto

baladí. Una carta es siempre una suerte de monólogo teatral, terreno en el que me siento como en casa. Eso me hace recuperar una especie de control sobre mi propio discurso, una sensación de cercanía en la expresión, una nutriente libertad que activa mi imaginación y me hace tenerte, seas quien seas, más presente, más vivo. Hay algo singular e íntimo en la escritura de una carta, un campo de juego siempre favorable, un discreto espacio común entre los agentes de la comunicación, que abriga las palabras y regala intimidad a las ideas. La simple fórmula de entrada —«Querido lector»— ejerce de inmediato un pequeño sortilegio, una suerte de conjuro comunicativo, que ya, nada más empezar, rompe barreras invisibles.

¿Recuerdas cuál fue la última vez que escribiste una carta?

Hace ya mucho que no se escriben cartas. Me refiero a las cartas físicas, escritas y firmadas a mano. Esas que recibíamos en el mismísimo buzón de nuestra casa. A veces con expectación. Otras con sorpresa. Esas cartas artesanas que me gustaría que fueran estas. La correspondencia tradicional encerraba en su concepción y en su práctica una gracia sensorial que, contemplada en la distancia del tiempo y desde los paisajes prosaicos del actual imperio digital, me traslada de golpe y porrazo a un romanticismo casi novelesco, rebelde y melancólico, digno del mismísimo John Ruskin.

El noble ejercicio del correo postal era laborioso y pausado. ¿Lo recuerdas? Ignoro tu edad, pero, en pleno siglo XXI, cabe la posibilidad de que no lo hayas vivido jamás. El acto de escribir y recibir cartas guardaba los privilegios del rito y la exquisitez de la demora. Estaba sujeto a un protocolo amable, eficiente. Implicaba en su confección un comportamiento estético, un decoro, una destreza, una liturgia: la selección

del papel adecuado guardado en un cajoncito; el instante de la inspiración y la quietud de un escritorio en penumbra; la pluma o el bolígrafo, debidamente adiestrado a nuestra mano, sensible a la justa presión de nuestros dedos que lo hacían danzar por la hoja, produciendo un roce sonoro, un murmullo gráfico al ritmo de nuestro pensamiento y nuestra emoción; la caligrafía legible precedida por la premeditada frase mental, que a veces tardaba mucho en formularse y no siempre cobraba la forma adecuada. ¿Se pensaba mientras se escribía o se escribía mientras se pensaba? El error estaba a la vuelta del renglón. Y entonces el malogrado escrito se arrugaba con violencia en una bola de papel que se lanzaba con desdén y jamás caía dentro de la papelería. Y vuelta a empezar... ¡las veces que hiciera falta! ¡Tal vez la siguiente fuera la buena! Y una vez concluida la obra del escriba, la acción se culminaba con rúbrica y postdata, si algo se había quedado en el tintero. Pero aquel no era el final de la empresa, ni mucho menos. El rito continuaba su imparable andadura: la selección del correspondiente sobre a medida y a tono con el papel, que estaba guardado en el mismo cajoncito; el pliegue cuidadoso de la misiva para que cupiera dentro de su morada; su placentera introducción en la angostura del sobre; el lento humedecido de la solapa con la saliva de la punta de la lengua, diagonal arriba y diagonal abajo, dibujando su ángulo abierto; el sabor discretamente amargo del adhesivo; el cuidadoso pegado... Y, a continuación, el nombre y los apellidos del destinatario, que eran rescatados de una agenda ya muy vieja. Y su domicilio, su ciudad, su código postal. Remitente con dirección completa en la parte de la solapa trasera, que ya se comprobaba seca. Y, para rematar, el precioso sello que coronaba la magna

obra, como sacralizando la faena, con efigie real o ilustración conmemorativa a todo color. Aquel precioso sello de papel satinado que se separaba de sus semejantes en la plantilla, haciendo fuerza con los dedos y quebrando su contorno rectangular, exactamente por la línea de puntos troquelados que producían un torpedeo inconfundible y le dotaban de ese gracioso borde dentado. Y de nuevo la saliva que humedecía el envés del timbre y el ligero sabor a adhesivo que permanecía unos segundos en la punta de la lengua... Sensaciones, sensaciones y más sensaciones...

Aquella carta era ya un objeto precioso mucho antes de emprender su viaje. Porque era precisamente viajar lo que hacía aquel discreto tesoro. Viajar, no teletransportarse. Y es que se nos olvida que un auténtico viaje se compone de traslado, de movimiento, de recorrido, de distancia, de adversidad, de tiempo, tiempo, tiempo... En un acto de fe desconcertante, el remitente llevaba su humilde pieza de artesanía a un buzón enorme de correos, recio, metálico, amarillo, a veces en medio de una esquina en la calle, o tal vez embutido en la fachada de una institución urbana. La rendija horizontal estaba custodiada por una compuerta alargada, también metálica, con su eje de giro en la parte superior y su reborde cóncavo en la inferior, que permitía levantarla. Entonces se introducía la carta en la rendija, que caía en sus adentros, devolviendo el sonido de un impacto, más o menos veloz, en función de la altura del montón de cartas depositadas en él ese día. La compuerta metálica regresaba a su posición rápidamente con un ruido reconocible al retirar la mano. Ese ruido sellaba el fin del proceso. Todo lo que se podía hacer ya se había hecho. Tras semejante acto de confianza depositada en la institución pos-

tal, materializada en ese colosal buzón que custodiaba la calle como un orondo vigía urbano, el gozoso remitente regresaba a sus labores conjeturando de camino sobre cuánto tardaría en alcanzar su carta al destinatario. Tal vez imaginando la reacción de este al recibir sus noticias. Una cosa era cierta: había que esperar. Y pese a que la espera era incierta, se aceptaba sin recelo. Y ahí, en ese dilatado intervalo de espera, de días, o meses o incluso años, la carta viajera cobraba una nueva vida en la cabeza del autor, que recordaba sus palabras, meditaba sobre sus líneas y especulaba sin cesar sobre el efecto de su bendita carta, en los adentros del destinatario.

En la otra punta de la ciudad, del país, o incluso del mundo, transcurrido el tiempo necesario (aunque jamás preestablecido), un ser humano de uniforme y gorra oficial sacaba de su enorme bolso de cuero esa misma carta, ahora ya tapizada de sellos de tinta. La introducía en el buzón de la casa que correspondía con exactitud a la misma dirección escrita en el sobre. Así se cerraba la epopeya y se cumplía la promesa. Advertido por el sonido de la solapa metálica de su buzón a pie de calle, el remitente salía de su casa y tomaba la carta peregrina que al fin podía tener entre sus manos. Lo primero que hacía era comprobar que su nombre era el que aparecía en el sobre, para, acto seguido, girarla y leer el nombre del remitente. En función de este dato, el individuo en cuestión optaría por abrirla inmediatamente, rasgando el sobre con vehemencia y allí mismo, o bien demorar su lectura al momento adecuado. En ese caso, los rituales continuaban: la solapa que sellaba la carta gracias a la acción conjunta del adhesivo y la saliva de quién la escribió ya era inviolable. Para profanar el contenido del sobre el remitente poseía un arma de precisión:

una alargada y fina navaja que introducía por el lateral de la solapa, en su parte superior cercana el borde, justo en el medio centímetro donde esta no llevaba adhesivo y la saliva no había podido ejercer su cometido. ¡Qué épico resulta un abrecartas! Por ese secreto punto débil, el arma penetraba certera hasta completar su envergadura ya en las entrañas del sobre. Entonces, en un acto profanador, con un gesto certero, el filo de la navaja rasgaba el borde plegado del sobre y así la misiva que custodiaba en su interior se hacía accesible. Nuestro protagonista la rescataba con cuidado y deshacía sus dobleces que, pese a todo, impedían ya para siempre que la hoja regresara a su virginal dimensión plana. Era el momento y el lugar adecuado. Nuestro personaje se entregaba al escrito. Ahí estaban la fecha y el encabezado. Ahí estaban la letra y la tinta. Ahí estaba el olor y la presencia. Ahí estaban, al fin, las palabras.

Escribo estas líneas con una sonrisa en la boca, porque con ellas me invaden cientos de recuerdos. Propios y ajenos. Muchos de ellos imaginados. Algunos rotundamente literarios: las cartas de Cyrano a Roxana desde el frente de batalla, con la tinta corrida por sus lágrimas, o la escalofriante carta final, en forma de confesión, del Dr. Jekyll; las de Bécquer desde su celda; todas las de Drácula o las sádicas misivas del vizconde de Valmont en la obra de Choderlos de Laclos. Lo dicho: a estas alturas, el formato epistolar no tiene originalidad alguna. Pero recordar sus sutilezas no es nostalgia de cincuentón trasnochado. Es admiración por una suma de acciones hermosas, que podrían repetirse hoy sin problema. Ahí están los papeles, los sobres, los sellos, los buzones y las oficinas de correos, disponibles y en perfecto funcionamiento para quien

lo desee en pleno siglo XXI. Y, sin embargo, prácticamente nadie lo hace ya. No es nostalgia: es sorpresa al comprobar la infinitud de pequeñas riquezas encantadoras que entrañaba toda aquella pintoresca forma de comunicación y de las que prescindimos impasibles e indolentes, por preferir la rapidez y comodidad que facilita la tecnología actual. En su día, yo mismo no apreciaba aquellas riquezas en su verdadera magnitud. En cambio ahora, por no practicarlas, me resultan tan significativas, tan valiosas. Y este hecho me despierta un sentimiento de responsabilidad que hace brotar en mí un anhelo de discreta cruzada al rescate de lo que considero bello y, por lo tanto, absolutamente imprescindible.

Esta misma sensación es la que me produce pensar en la educación en nuestros días. Hay una hermosa educación que empieza a padecer su desuso. Una educación artesanal y cuidada que, pudiendo hacerse, no siempre se lleva a cabo, también por causa de preferir el apremio y la comodidad. Insisto: no es nostalgia. Es contrariedad y reacción para señalar con entusiasmo un riesgo innecesario, que empieza a despuntar en los centros educativos. Es un ánimo de proclama: ¡la educación es labor artesanal y humana! ¡Que nada le arrebatase su esencia! ¡Que nadie enturbie su artesanal categoría!

No me considero retrógrado, ni estoy de acuerdo con eso de que «cualquier tiempo pasado fue mejor». Sencillamente, no es verdad. Quien defiende esa tesis solo testimonia su fobia a envejecer y su falta de imaginación para crear nuevos caminos. Vivimos en una época privilegiada y asombrosa, llena de posibilidades y desafíos. La educación que crean día a día los profesionales en sus aulas es magnífica, sin duda, en términos generales. Pero corre algunos riesgos. Puede mejorarse. Y ese

es el objetivo de los escritos de este libro epistolario: detectar errores y proponer humildemente alguna que otra posibilidad de enmienda. Con la potencia de los avances tecnológicos actuales, unidos a la inteligente salvaguarda de las fórmulas tradicionales de educación, podemos alcanzar una enseñanza sobresaliente y prometedora; una enseñanza que seguro merecemos y vamos a necesitar para los retos venideros de la humanidad.

La serena mirada al pasado es siempre nutriente. La historia de la educación, desde sus albores, en la *paideia* griega, nos señala que toda verdadera pedagogía siempre fomenta su carácter artesanal, ritual y algo solemne. Y se comparte en el abrigo de lo íntimo. Toda enseñanza está sujeta a un misterio. Es ese carácter poético lo que la humaniza y convierte al arte de enseñar y de aprender (que son lo mismo) en una excusa para el encuentro, para la convivencia y el amor al conocimiento. Y digo bien, y ahora con mayúsculas: el Arte de enseñar y aprender. Me sirve la metáfora del viejo correo postal: artesanal, detenido, fiable, humano, ceremonioso. Al igual que aquel, la educación ha de ser una cuestión de oficio, de buen hacer, de esmero, de gusto por los detalles y las formas, todo ello al servicio de los mensajes y las ideas que se necesitan compartir. Y esa hermosa factura ha de demorarse para garantizar la belleza de sus resultados.

Dar una buena clase se parece a escribir una carta. Hace falta, por parte del profesor, mimo, protocolo, buena intención. Hace falta tiempo y confianza. Hace falta oficio: la preparación de la clase, las mil lecturas previas, la adaptación de los contenidos a las características singulares de cada grupo... Percibir el ambiente de los alumnos en clase al entrar, saber

llamar su atención; repetir, subrayar, poner ejemplos a tiempo; saber cambiar de tercio, aligerar con alguna anécdota o con algún comentario cómico; escuchar, hacer que participen los alumnos; el manejo de la tiza, la composición del encerado o la destreza en la utilización de la pantalla digital; usar el libro, controlar un buen cuaderno, y saber disponer con eficacia del material necesario para el aula; la conversación, la imaginación, la escenificación, la capacidad de improvisación cuando todo sale diferente a como se había planteado en un principio... Orden, estructura, hábito... Pero también sorpresa, ingenio, incertidumbre... Que los más despabilados no se aburran y que no se queden atrás los rezagados... ¡La inspiración! ¡Las toneladas de inspiración para avanzar con eficiencia por el temario! ¿No recuerdan todos estos requerimientos a los entresijos de cualquier proceso creativo o al desempeño de las más altas proezas artesanales?

Y de modo recíproco, por parte del alumno existen unos requerimientos indispensables para que el acontecimiento que es la enseñanza obre con holgura: ha de haber complicidad y buen ánimo; ha de haber voluntad y deseo de aprendizaje; ha de haber motivación, forma y rigor. La educación nunca es aséptica. No acepta elementos pasivos o neutros. La información que se traslada en las aulas está siempre llena de matices y se ha sometido a un viaje en lo recóndito de las relaciones misteriosas que se despliegan en clase. Es en virtud de la aceptación del juego ritual por ambas partes, que los alumnos y el profesor entran en el encuentro. *Porque enseñar es encontrarse.* Y no me refiero al encuentro personal de profesor con alumnos. No. Me refiero al encuentro de todos ellos con el mismo conocimiento, en la forma que sea.

Esta es, en realidad, la conclusión de esta carta, y de este libro. Prefiero exponerla muy al principio para no generar falsas expectativas. Personalmente siempre he preferido conocer el argumento de una película o incluso de una novela antes de verla o leerla. Incluido su desenlace. Eso me facilita apreciar muchos más detalles en ella, que de otro modo me pasarían desapercibidos al estar eclipsados por la sorpresa de la narración. Es una cuestión muy antigua: la forma es constitutiva del fondo. Casi más importante que lo que te cuento es cómo te lo cuento. Y aún mucho más importante: quién soy yo para contártelo.

Deseo poder compartir contigo, querido lector, toda esta suma de reflexiones sobre la educación, que nutren las cartas que componen este libro. Como cada una de ellas va dirigida a alguno de los protagonistas del entramado educativo, puedes elegir sin problema la carta que te apetezca más leer, aunque no seas tú el destinatario. Será como un espionaje lícito de correspondencia ajena, que, como parte que eres del universo educativo (en realidad, todos lo somos), siempre te resultará de interés. O eso espero. A decir verdad, no tienen orden. Es como si estuvieran todas guardadas en un cajón, cada una en su sobre, ya cercenado por el abrecartas, y pudieras tener acceso a cualquiera de ellas. Solo busca el destinatario con el que más te identifiques, o al que tú mismo querrías escribir.

Lo que me acredita para escribir estas cartas son veinticinco años de experiencia docente, en muy diversos modos, centros, niveles y circunstancias: desde la educación infantil a la universitaria, pasando por cursos para adultos, conferencias, clases extraescolares y multitud de talleres en los entornos más variopintos. Todo eso, y por encima de todo, ser hijo, sobrino y hermano de profesores. La enseñanza, en mi caso, no es solo

una vocación: es una cultura familiar que afecta a mi modo de habitar el mundo. Sin hacer ninguna alusión directa, escribo estas cartas siendo capaz de poner cara, nombre y apellidos a muchos de sus destinatarios. Ha sido inevitable. De este modo, me alejo aliviado de las frecuentes teorizaciones de los expertos en los cientos de publicaciones sobre educación que han invadido los estantes de las librerías en las últimas décadas y mi mesa de trabajo en los últimos meses. Pese a su lucidez y erudición, encuentro que muchos de ellos carecen de la proximidad al día a día de la realidad educativa de nuestro país. Es arriesgado teorizar en materia de artesanía. Los oficios conviven mal con las entelequias. Cuando se habla de profesión, conviene expresarse con el rigor de los hechos vividos en primera persona. En el mundo de la enseñanza, conviene hablar de tú a tú, y a esta exigencia me he sometido.

Por último, y para concluir esta larga introducción, un anuncio: me voy a permitir una inocente licencia al final de cada epístola-capítulo, y pido disculpas por ello antes incluso de proponerlo. Alimenta este capricho irrenunciable los efectos de una obvia deformación profesional. Es algo sencillo, pero sin duda osado: mandar deberes. Típico vicio de profe, que ni quiero ni puedo obviar. Cada destinatario tendrá sus tareas para casa. Propondré, por lo tanto, al final de cada misiva, un ejercicio sencillo que considero conveniente para reforzar conceptos, y así, aprender mejor la lección. Estará en cada uno de ellos, o en ti, estimado lector, hacer esos deberes o no. Jamás lo sabré.

Atentamente,

EL AUTOR

P.D. No será esta primera carta la excepción. Así, la primera tarea asignada al lector es tan predecible como indispensable: escribir una carta. Sí, una carta como las de antes. A mano y con todos los protocolos. Papel, pluma, sobre, sello y buzón. Sencillamente, lector, piensa qué persona quieres que la reciba. Piensa en alguien muy concreto. Y después considera por qué has elegido a esta persona. Solo entonces un torrente poderoso de inspiración brotará en tu cabeza y en tu corazón. Recuerda que toda comunicación entre seres humanos se cimienta y crece sobre los misterios que forjan sus relaciones. Haz una pausa en tu camino y entrégate a tus palabras. Y no pares hasta que tu objeto precioso, tu carta, emprenda su magnífico viaje en el anónimo y romántico buzón de la esquina.